Sinfonía

Yazmín Euvett Cardiel Gallegos

Image not found.

Capítulo 1

Salió por su maleta, a su regreso ella lo esperaba con una pequeña pijama de encaje, nada debajo, aquel delicado material rozando directamente su piel, invitándole a mirarla fijamente hasta adivinar cada contorno.

Se recostó junto a ella en la cama, recargado con su antebrazo la observó sonriente. Esa misma mañana no imaginaba que estaría ahí, unas horas antes no tenía aún la certeza de compartir ese momento, y ahora lo hacía, Olga le pertenecía por unas horas al menos, pero no por haber pagado cuota alguna, sino porque ella así lo había querido.

Le observó, traviesa le quitó la ropa, la última prenda, su trusa, ella la despojó de su cuerpo con los dientes, mirándolo a los ojos, la mirada más profunda que podía ofrecerle; sabía de antemano que esto lo hacía arder. Olga dejó caer la parte inferior de su pijama, tan pronto como pudo se acercó para besarlo, por debajo de su ombligo concentró su lengua, sus labios, a la vez que recargaba sus rodillas firmes en el colchón para levantar el culo, le gustaba sentir el aire en su sexo expuesto, imaginar lo que él le haría mientras ella convocaba la intención de su lengua en aquella férrea extensión de él.

Despidió con un recorrido de su lengua aquel momento, para arrellanarse sobre su pelvis, encajándose con León como dos piezas perfectamente correspondientes, encima de él comenzó a moverse de adelante hacia atrás, lentamente, mientras su cabeza se balanceaba a los lados, su mirada jugaba a encontrarse con la de él, habitando sus pupilas.

Él quiso acariciar sus senos, metió sus manos bajo la tela para tocarlos suavemente, rozó sus pezones, los pellizcó mientras ella precipitaba su cabeza hacia atrás, emitiendo gemidos que impulsaran su placer a todos los rincones de la habitación.

Intuyendo su deseo y mientras seguía bamboleándose sobre él, Olga tomó la orilla de su blusa, la levantó, mostró la plenitud de sus senos para su único espectador, que no podía dejar de mirarlos, turnando su vista entre aquellas gemas y los mullidos fanales que eran sus ojos. El espectáculo era grandioso: aquella meciéndose cada vez con mayor rapidez, él frotando las yemas de sus dedos contra sus pezones, las manos alzando la diminuta prenda con la que ella cubría parte de su rostro, ensalzando su mirada juguetona, que alternaba con la aspiración de inocencia en su acción, lo más glorioso era saberla disfrutando, identificar en su pose la grata exhalación del placer.

No podría controlarse por mucho tiempo más, sabía que ella no merecía menos placer que aquel que le otorgaba, León le pidió que se detuviera –déjame besarte- solicitó con un ademán que señalaba a los labios que se

encontraban al sur de su ombligo.

Olga se ha sentado de nuevo, aquella cara siempre había sido el más mullido asiento, y el más exquisito al contar con la lengua de aquél que la torturaba y anesthesiaba, la deleitaba con las más finas notas que tocaba a la par de sus manos, experimentando con ella como con una flauta.

La postura que sostenía la invitó a invocar nuevamente su lengua para conectarse junto con León en el más perfecto círculo, el más placentero, la alianza entre sus cuerpos era indudable, y ese concierto había conseguido las merecidas ovaciones, -León- escuchar su nombre en voz de Olga completó aquella sinfonía, sentía el temblor de las piernas de ella, no podía estar más complacido...